

PALO DULCE



Lo que no fue

Por PEPE CHACARILLA

A los articuladores del diario de la IPC les ha dado por atacar a los intelectuales. Vieja costumbre de aquellos ex-jóvenes, que reaparece periódicamente, especialmente cuando su Padre y Maestro Mágico, Mister Peter Beltrán, recibe vapuleadas de la opinión pública y prepara maletas rumbo al extranjero. En esta ocasión, luego del fracaso del Circo de la Recoleta, donde se presentaron los famosos "mipientos" o "lilientos" entre cuchufletas de la concurrencia, los tragamonedas se tiraron a fondo en su horror a la inteligencia. Hubo de todo en esa feria escrita de las vanidades, desde el articulote inflado de galimatías hasta el libelo desafortado. Se trataba de demostrar que los intelectuales, en su mayoría adscritos a la izquierda, eran poco menos que monstruos moscovitas. De este modo explicaban por qué repudian al petrolífero que maneja Rabínez y por qué rechazan sus torpes maniobras para agarrar la banda presidencial, que si es brujo (sólo, lamentablemente, es bruja) va a ver puesta en su oligarcona pechera.

Pero funciona en esta maniobra del grupito chirinúsculo y zegarrante otro factor. Quienes integran la oficina periodística de la Standard Oil en Lima hace tiempo quisieron y no pudieron... Allá, en la época en que paseaban por los claustros universitarios, todos tenían el alma al rojo vivo. El ñatito de los anteojos era marxista, según cursos de materialismo-histórico, agitaba a los estudiantes y soñaba con poner una reproducción del Kremlin en la Plaza de Armas. Su modelo era Stalin, porque el muy chato se jactaba de ser "estalinista". Otro, incendiaba las páginas de una revistucha de nombre griego con ensayos en los que ponía todo el énfasis marxista que merecía aquella especie de "Pravda" o "Izvestia" criollo. Un tercero, el más apocalíptico marxista de hoy, se declaraba en huelga de hambre para que reventara —cosa que logró— un rector. El comienzo de todos estos beltranejos contemporáneos fue convulsivamente rebelde. En secreto escribían versos y se los leían entre sí, pensando que eran acreedores de todos los premios internacionales juntos. Uno de ellos —vale la pena el dato— sonetea hasta hoy y publica sus engendros en el "7 Días del Pirulo Inmundo" precediéndolos de elogios fabricados por él mismo. En suma, los chicos querían ser intelectuales...

La vida es, sin embargo, inexorable. No se puede ejercer la inteligencia y la imaginación enajenando la libertad. No hay escritor, poeta, creador, que pueda vivir maniatado. Y estos ex-jóvenes de ahora vendieron la primogenitura por un plato de tacu-tacu. Al cabo de quince años de elevar loas a la libre-empresa, al imperialismo yanqui, a la Sociedad Nacional Agraria, a la Internacional Petroleum, a la oligarquía ventruda, a la banca siempre insatisfecha del oro que tiene; al cabo, en fin, de tres lustros de verter al papel lo que piensa y desea el amigo de Leguía, el golpista de 1948, el apro-pradista de nuestros días, han descubierto que son cualquier cosa menos intelectuales. Menos en una palabra, lo que aspiraron a ser. Quisieron conciliar un sueldo, que sale de las arcas plutocráticas, con la libertad, y a la postre resultaron dueños de un buen carro, hábitos de restaurantes caros, cocteleadores y politiqueros de los grandes salones de inmensos espejos y jarrones de Sevres, pero en lo que al pensamiento respecta resultaron cintas magnetofónicas, máquinas cibernéticas, aparatos automáticos. Beltrán decía: ¡Ponga 'fo! Y ellos ponían "fo fo". Beltrán ordenaba: ¡Digan "li"! Y ellos decían "li li". ¡Qué destino!

Entonces, ¡duro a los intelectuales, que por ser auténticamente tales se libraron de ser mercadería! Esos rojos, asquerosos agentes de La Habana, repugnantes partidarios de la revolución, vendepatrias socialistas, son intelectuales porque así lo ha dispuesto el comunismo internacional. Nosotros, no. Nosotros somos beltranistas, pradoapristizantes, chupistas del cogollo, saldarriagistas del alma, belliditas del fondo del ser. Somos "independientes". Es decir, lo que no quisimos ser. Ahora que ya no hay remedio, tenemos que embarrar con insultos y calumnias a quienes, por vivir pobre pero dignamente, por tener convicciones hondas y claras, por desear una transformación que beneficie al pueblo, constituyen, con sólo existir, una acusación patente a nuestra traición.